

Me gustaba mirarlas

Me gustaba mirarlas sin que ellas lo notaran. Tal vez ninguna de las que contemplé en toda la grandeza de su cuerpo se enteró de aquel éxtasis privado. Tal vez no solamente el cuerpo: también el cabello, los pómulos, el perfil de una cara, la línea del cuello, los labios en quietud. Después los movimientos al desabotonar, correr cremalleras, despojar una prenda tras otra. Adivinar los sonidos y el roce de los materiales suaves de cada prenda. ¿Cómo sustituir el placer de contemplar unas piernas de mujer rodeadas por la seda de unas medias?

Perdí la cuenta de los años. El tiempo trascurrió.

Elegí el camino de un ladrón de cuerpos de mujer, blancas colinas, muslos blancos, palomas palpitantes cautivas por la epidermis. Piel granulada lechosa, piel morena, piel canela, piel negrita, piel y piel jamás recorrida, porque tocarlas mataría el hechizo. Cuerpos y cara intocados, labios jamás besados, calores y sudores sólo presentidos.

Agonicé en cada contemplación. Sufrí a raudales. Desperdiqué cada mañana y cada noche, consumiéndome un fuego interno que fue desperdiciado.

Yo el observador oculto. Yo invadido por una angustia indetenible mientras ellas cumplían una rutina insignificante, de todos los días, y yo sufriendo. Yo, el placer solitario. Hoy no las quiero a todas. A estas alturas de mi vida, sólo una a la vez, pero a mi lado. Una nada más, pero conmigo. Una sola mujer para vivirla.

Alejandro Ariceaga. Narrador, periodista, editor. Libro más reciente: *Donde nadie permanece* (1992), antología de escritores del Estado de México. Toluqueño. Del equipo pionero de tunAstral.

Ilustración: Angel Mejía

Este número aparece gracias al patrocinio del Ing. Silvestre Monroy y de lectores y amigos de tunAstral

carta literaria de la tribu

tunAstral



Número 2. 25 de enero de 1993.

Editor: Roberto Fernández Iglesias

Dirección: Calle Porfirio Díaz 216,
Col. Universidad,
Toluca, México. C.P. 50130,
MEXICO.

Teléfonos: (72) 19 54 36 y (72) 19 54 28
Se solicita amistad, canje, correspondencia.
Se responde por colaboraciones no solicitadas.

Cafés Literarios tunAstral

todos los lunes 20 horas
Febrero de 1993.

Litoral
(Ciudad Nezahualcóyotl)

Se presentan Pablo Serrano, Rosa María Ruiz, José E. Culebro y otros escritores de la revista, los días 1, 8, 15 y 22.

Restaurante Biarritz
5 de Febrero esquina Nigromante
Toluca, México.



tunAstral



carta literaria de la tribu

La miré sin querer

Por alguna razón andaba en la azotea, con un solazo de los mecos y las antenas llenas de pajaritos. Trece, catorce, quince... las contaba. No era común ver más de tres en cada cuadra y en buena lógica eso significaba que menos de veinte familias, en todo el primer cuadro, tenían televisión. Los demás, envidia, porque la gente menuda de la vencidad tenía que pagarle veinte centavos a la bruja Escaldufa para ver a Cachirulo. A la otra gente le costaba el doble ver Domingos Hernández o jaladas similares. En las mañanas no: la tele daba principio al sonar el silbato de los diecinueve horas. Y el silbato provenía de la fábrica de hilados y tejidos.

No recuerdo quién mencionó lo de las ondas: que al contrario de las del radio, las de la tele viajaban en líneas onduladas, así que los montes y las montañas impedían que llegara la señal con facilidad. Por eso la bruja Escaldufa mandó levantar una torre de varilla, muy alta la torre, flaca y como aguja enorme, en cuya punta sobresalía una ostentosa antena llena de tordos, canarios y a veces golondrinas.

Para apreciar aquello, había que subir a la azotea. Nada fácil porque una regla no escrita, dirigida a los chavillos, era prohibición fulminante: no subas, cabroncito, porque te puedes encontrar con Chacalón, el Ogro Comelón que se comía crudos a los niños y los cagaba como bolitas de caca de ratón. Pero la curiosidad ya era más cabrona desde entonces, y al igual que alcanzar las galletas que nos iban a empachar y provocar diarrea si las comíamos, el impedimento de subir como escaladores de pilares en el segundo patio de la vencidad nos llenaba de emoción.

Andaba en eso, pues, diecisiete, dieciocho, mirando cómo unos pajaritos llegaban y otros se iban, o cómo una pareja de tórtolos se amaban con fervor religioso, entre los tinacos y los tragaluces, con mucho cuidado, no te vayas a caer porque te haces mantequilla, cuando llegué al borde que daba a una azotehuela. Y chas chas, sonaba el agua, sonido de cubetas de lámina y algo así como suspiros. Dejé por un lado la cuenta y el paisaje y la miré sin querer. Una mujer ya no tan joven, sin ropa ni nada encima, acarreaaba el agua con una jícara de una cubeta al cuerpo brillante. Le brillaba el cuerpo como si le hubieran untado aceite o glicerina. Sobresalian sus pechitos de café con leche, sus bolitas más café que leche, y asomándose más, poniéndome en peligro, también sobresalía su mechón de pelos negros abajito del vientre.

Placeres
Alejandro Ariceaga

2

amor es la palabra / poesía, la acción

Me propuse mirar más

Para entonces una fuerza superior me obligaba a subir a las azoteas. También había tenderos, como en los patios de la vecindad y yo repasaba la ropa como se repasaban las lecciones. Era emocionante adivinar de quiénes eran las pantaletas de colores tenues, a veces con flores estampadas, pero a veces también con dibujos ajenos para prendas así, como fresas o manzanas, o los nombres de los días de la semana.

Yo sentía cosquillas y miedo, además del impulso de pasar los dedos por encima de esa tela suave. Y las había viejitas, ya perforadas por el uso, y manchadas en la parte de abajo.

En un principio, al llegar después de la faena trepadora, los ratones escapaban a mi paso. A veces también los gatos, porque los unos y los otros -lo estaba descubriendo- eran los causantes de los sonidos que espantaban a los moradores de la vecindad. Y me partía de risa recordar a las personas mayores cuando habían pronosticado la existencia de fantasmas de otro tiempo a causa de los sonidos que llamaban misteriosos. También estaba descubriendo esos misterios que al morir quedaban como pequeñas momias de gato o de ratón, abandonadas en los rincones abiertos al cielo, como zaleas pequeñas, como zapatos viejos y abandonados.

Las antenas y sus visitantes cada vez me interesaban menos. No dejaban de estremecerme los pájaros que se posaban en la antena de la bruja Escaldufa, a la que parecían tenerle especial cariño, pues ahí se quedaban inmóviles, si acaso mirándome con sus ojos redondos cuando subía, vigilando mis pasos por las azoteas. Y la sensación de sentirme vigilado era una más entre las nuevas sensaciones.

En poco tiempo ya tenía calculados los días de la semana en los que habría baño: los lunes, a las doce del día, en la azotehuela de la señora Jose, se bañaba Pilar; los martes, media hora antes que llegaran los hombres del trabajo, se bañaba Magdalena en la azotehuela de la familia libanesa; y finalmente, los sábados alrededor del mediodía, se bañaba una sirvienta viejita en la vivienda del segundo patio. Esto en lo que a la servidumbre se refiere. Las señoras y las jovencitas lo hacían en sus cuartos de baño, pero no era nada fácil presenciar el espectáculo, si acaso alguna vez pude mirar a la señorita Lucila y eso porque se le olvidó cerrar del todo una ventanilla por la que salía el vapor.



El hotel de enfrente

A los doce años de edad, yo tuve un animal ajeno a Toluca, la ciudad en que nací: una martucha. Una martucha es un mico de noche, lo cual en buen cristiano alude a un animal que hace su vida normal por las noches. De la orden de los roedores, pero diferente a los ratones. Cara de mono, cola prensil como la de los monos y manos de mono. Además, para que me portara bien y fuera un hombre de provecho, me mandaron a trabajar a los talleres de un periódico, donde al poco tiempo fui abastecedor de linotipos, ayudante de prensista, componedor y muchacho de oficina, o como se dice en mal cristiano: *office boy*.

Esto de ser *office boy* me obligaba a ir a las tiendas para adquirir los refrescos de los demás trabajadores, a las torterías para llevarles las de milanesa, las de salpicón, las de queso de puercos y las de mole verde. Eso, además de aprender los maravillosos secretos de la confección total de un periódico.

La martucha y yo nos quedábamos a dormir entre los rollos de papel en la bodega de aquella empresa. La martucha me ganó amistades y ambos éramos bien vistos por los trabajadores.

Casi todas las noches, cuando la faena se hacía más pesada, alguien pasaba por los talleres anunciando que iba a pasar el avión. Inocente como era, en un principio consideré el anuncio como tal. Los demás dejaban los componedores, las cajas, los linotipos y los talleres abandonados y subían presturos hasta la azotea del edificio. Yo, amante de las azoteas, no tardé en entusiasmarme con el supuesto paso del avión, así que una noche, sin que los demás me percibieran, subí corriendo con ellos.

Las azoteas, reitero, eran como pisos al ras del suelo para mí: conocía sus proporciones, sus tinacos, sus antenas y sus tragaluces, además de aquellos encantos especiales. Y entonces las empecé a conocer en su ambiente nocturno.

La martucha no subió conmigo, permaneció contenida por un tubo de agua hasta donde se lo permitía el largo de la cadena que controlaba su tráfila. Y yo contemplé, desde el borde de la azotea, el anuncio luminoso del edificio de enfrente, un hotel, con sus ventanas enormes, mitad madera y mitad vidrio, lo que constituía el atractivo de los trabajadores cada vez que se anunciaba el paso de un avión. El avión era alguno de los cuartos de ese hotel cuando se encendía la luz. El cuarto permitía contemplar el arribo de una pareja, hombre y mujer, que se disponían a pasar el rato como pasan el rato las parejas que acuden a un hotel de paso. Así me aficioné al paso de los aviones.